

ra causa de este proceder, que Gerónimo ordenado por Paulino, y odioso á la mayor parte de los orientales, temia, egerciendo las funciones de su órden, renovar los disturbios y la desunion.

38. No quiso permanecer en Antioquía por el propio motivo; y por su deseo de aprender pasó de la Siria ó Palestina á Constantinopla cuando San Gregorio Nacianceno permanecía allí. Tomó los principios sólidos de los estudios sagrados bajo de tan gran maestro. Cuéntase, que preguntándole un dia lo que significaba en el Evangelio de San Lucas el sábado segundo y primero, le respondió San Gregorio con una gracia que muestra el aprecio que este juicioso orador hacia de los aplausos del pueblo, prodigados muchas veces á lo que menos comprende. „Os satisfaré, dijo, en la Iglesia, donde todos me aplauden (1). Allí será preciso que sepais lo que aquí ignorais: porque si fueseis el único que callase, todo el auditorio os tendria por un estúpido.” Pasó en fin San Gerónimo á Roma por segunda vez en compañía de San Epifanio y de Paulino de Antioquía, cuando vinieron al segundo Concilio que celebró el Papa Dámaso.

39. Entonces admitió personalmente en su compañía el Sumo Pontífice á este ingenio superior en calidad de Secretario, á lo menos para aquellas cartas importantes que servian de contestacion á las consultas dirigidas continuamente por las diversas Iglesias á su Madre comun. No dejó de seguir sus trabajos

(1) *Hieronym. Epist. ad. Nep. cap. 20.*

inestimables sobre los libros sagrados, cuya version latina le mandó corregir el mismo Papa, y entonces dió á luz su correccion del Salterio, segun los Setenta (1).

40. Defendió tambien en Roma y vengó á la Madre de Dios de la temeridad escandalosa de cierto Helvidio, discípulo del arriano Ausencio. Pretendia este impío que María, despues del nacimiento del Salvador, habia tenido hijos de José, y aun impugnaba la virginidad, sosteniendo que esta virtud angélica no tenia preeminencia alguna sobre el matrimonio: errores acreditados en Oriente por los hereges anticomarianistas y que principiaban á estenderse en Occidente. Fácilmente demostró Gerónimo la solidéz de la creencia contraria que estaba establecida en toda la Iglesia; pero no contento con demostrar la virginidad perpetua de María, estableció con igual evidencia que su casto custodio San José habia guardado tambien hasta la muerte su pureza virginal. Por fin, sin disminuir nada á la dignidad del matrimonio encumbra infinitamente mas los privilegios de la virginidad: lo que hizo con mas claridad contra Joviniano que la deprimia con mayor audacia. Como los Luciferianos tan grandes enemigos de San Dámaso, como partidarios del Antipapa Ursino, no cesaban de intrigar en Roma, escribió Gerónimo contra ellos en forma de diálogo. Esta obra fecunda en rasgos de erudicion, y que desempeña perfectamente su objeto, es aun mas útil por la seguridad en que pone los verdaderos principios de la fe, mostrando evidentemente por las

(1) *Hieronym. Epist. 124. alias 144.*



mismas actas del Concilio de Rímini el modo con que se habia sorprendido á los Obispos.

Entonces ocupaba la atencion de todos el estudio de la Escritura, y reinaba universalmente entre las personas de piedad. Sobre esta materia todos acudian al ingenio conocido del docto Gerónimo, y aun el sexo devoto de la primera nobleza mostraba un vivo deseo de instruirse. Inspirábanle la modestia del maestro y mucho mas su castidad circunspecta, la separacion de esta clase de discípulos; pero como nunca se habia mostrado tanto desprecio del estado de las vírgenes, á quienes se procuraba seducir por principios, preguntándolas si pretendian ser mejores que Sara, Susana y otras mugeres casadas de quienes la Escritura hace grandes elogios; creyó el santo Doctor que no se debia abandonar un sexo frágil á su debilidad por el temor escrupuloso de ser arrastrado á alguna caída por no darle la mano, y que el riesgo no era temible sino para los que se empeñaban en él contra el orden de la Providencia. Se ocupó pues seriamente en confirmar en su santo propósito á las vírgenes y viudas, ya contra las máximas de los seductores acreditados, ya contra los atractivos del placer y del regalo que se hacian mas temibles. Entonces se vió á una multitud de personas jóvenes de la clase mas distingnida y de la mas lisongera fortuna abandonar las delicias de Roma, y la esperanza de los matrimonios mas felices, para seguir las huellas austeras del Hijo de un Dios puro espíritu, y de una Madre vírgen.

41. Uno de los egemplos mas admirables de este género fue Santa Marcela con Santa Asela su hermana. Quedando viuda á los siete meses de matrimonio, su juventud, su rara hermosura, su cuna y sus bienes movieron los deseos de un hombre de la primera calidad llamado Cereal, que habia sido Prefecto de Roma y Cónsul: mantúvose firme á pesar de las peticiones de sus parientes y amigos, que la sugerian pretextos tanto mas plausibles quanto se fundaban en los propios riesgos de su virtud y tenian una vista mas halagüeña y mas legítima; pero retirándose á una casa de campo algo distante de la ciudad, vivió allí de modo que alejó todos los riesgos y sospechas. Ennoblecíó las observancias de la perfeccion evangélica entre la gente de mas lucimiento; y se sujetó al yugo de la vida religiosa con su hija Principia, que tomó la misma aficion desde su tierna infancia y permaneció virgen. Un gran número de monasterios de hombres y mugeres ilustres se estableció en Roma por su egemplo, y dió el esplendor mas sublime á esta santa profesion, poco honrada antes en aquel centro del lujo y de los placeres. Además tuvo Gerónimo una multitud de otros ilustres discípulos en la virtud y en las sagradas letras.

42. Empero nada se vió ni en virtud ni en nobleza parecido á las dos ilustres romanas Paula y Melania, unidas con los lazos de la mayor amistad: descendia Rogato, padre de Paula, de los primeros Reyes de la Grecia, y su madre Blesila de los Scipiones y de los Gracos. Contrajo matrimonio con Tojacio de la

casa de los Julios, esto es, de la raza augusta de los Césares; y de este matrimonio tuvo cuatro hijas y un hijo, tan ilustres todos por sus virtudes, como por su origen y enlaces; pero Eustoquia que fue la compañera inseparable y las delicias de su madre, nunca quiso abrazar otro esposo que á Jesucristo. Vivió siempre con Paula y trató mas particularmente que sus hermanos al Sacerdote Gerónimo que la tenía la mayor estimacion. Tambien conocemos por el mismo Doctor á dos ilustres viudas Lea y Faviola, de las cuales ésta fue la primera que fundó un hospital en Roma para los enfermos, á quienes servia con sus mismas manos.

43. Igualmente se hizo recomendable Melania por su desprendimiento del mundo y su piedad. Era de la casa distinguida de los Marcelinos y nieta de un Cónsul. Perdió á su esposo con dos de sus hijos en el espacio de un año y en la edad de solos veinte y dos; pero el fervor de su fe, elevándola sobre su edad y sobre su natural tierno, sostuvo unas pérdidas tan sensibles sin verter una sola lágrima (1). Al verse libre tuvo la devocion de visitar en las partes remotas á los solitarios mas venerables, para animarse mas y mas en la virtud con sus raros egemplos. San Isidoro muy conocido en Roma despues del viaje que habia hecho con San Atanasio, gobernaba á la sazón el hospital de Alejandría. Melania le vió así que arribó á Egipto, y por su medio tomó un conocimiento exacto de los Santos esparcidos por las

(1) *Pallad. cap. 117.*

soledades de Nitria, de donde le habian arrancado.

44. La acompañó hasta la habitacion de San Pambo, cuya reputacion era grande, y Melania se admiró encontrándole ocupado en un trabajo humilde, á saber en un grosero tejido de hojas de palma para hacer cestas como el hermano mas pobre. Quiso regalar diferentes piezas de plata que valian cuatrocientos cincuenta marcos, y el solitario dijo sin dejar su trabajo: „Dios os lo recompense, hija mia, y despues volviéndose á su ecónomo, repartid, añadió, estas limosnas á los solitarios que viven en la Libia y en las Islas, porque estos monasterios son mas necesitados que los nuestros: y continuó su trabajo silenciosamente despues de estas palabras. Mas pasmada Melania de ver esta indiferencia, le dijo: Padre mio, es bien que sepais que son cuatrocientos cincuenta marcos. Pero el Santo sin volver los ojos á estas riquezas ni á la que las presentaba, hija mia, contestó, aquel á quien ofreéis vuestro dinero, no necesita que le hagais presente la cuenta, pues pesa en su balanza los montes y toda la mole del universo; vos tendriais razon para decirme el valor, si fuera yo el objeto de vuestra limosna; pero siendo Dios, ante el cual dos óbolos pueden esceder á la mas rica ofrenda, lo mejor es que vuestra mano izquierda no sepa lo que ofrece la derecha.”

45. Melania vió á San Or en el mismo monte de Nitria, que aunque de noventa años, gobernaba una compañía de mil solitarios: y cuando recibia alguno nuevo, reunia á todos los demás, y trabajando to-

dos, edificaban en un dia una celdilla para el nuevo discípulo. Los muebles no siendo mas esquisitos que la arquitectura, se preparaban tambien en corto tiempo. La vista de estas virtudes de un orden tan nuevo aun para los ojos virtuosos, detuvo seis meses á la piadosa Melania en aquella bendita tierra.

En la misma ciudad de Alejandría vió al fenómeno de su siglo, al ciego Didimo tan justamente ensalzado por sus virtudes como por su saber. Era ya muy anciano; pero siempre formaba la admiracion y las delicias de los virtuosos con los que mantenía aun una sociedad tan agradable como en sus mas floridos años.

46. Estaba Santa Melania en Egipto despues de la muerte de San Atanasio, y afligiendo la persecucion á los Católicos y sobre todo á los solitarios, creyó que no podía emplear mejor sus riquezas que eran muchas, que en socorrer á estos confesores. Alimentó por espacio de algunos dias hasta cinco mil: dió la subsistencia regular á los que fueron confinados á Palestina en número de ciento y doce, y quiso cuidar de ellos por sí misma y los acompañó para animarlos. Vestíase Melania de esclava y venía por la tarde á traerles las cosas necesarias, pues los guardaban estrechamente sin permitir que los visitasen las personas de cierto orden. El Gobernador lo supo y la mandó prender sin conocerla; pero pudiendo mas la caridad que una humildad estéril, le dijo quien era. Os lo advertimos, le dijeron algunos, menos por Melania que no desea sino el título de sierva del Sal-

vador sufriendo por él; quanto porque no os empeñeis en algun lance que os pueda perjudicar. Asustado y sorprendido el Gobernador se escusó como pudo, y la dió una plena libertad de seguir sus oficios caritativos, haciéndole todos los honores debidos á su cuna. Pasó en fin á Jerusalem, donde su piedad la detuvo por veinticinco años y la ocupó infatigablemente en egercer la hospitalidad con los peregrinos en especial con los Eclesiásticos y las vírgenes.

San Gerónimo entretanto residia cerca del Sumo Pontífice. Tenemos una carta suya escrita en este intermedio á Rufino, que acompañaba á la ilustre viajera y vivia aun en una inteligencia perfecta con el santo Doctor profesándole la mayor estimacion. He aquí como se esplicaba sobre este amigo en otra carta escrita por el mismo tiempo al solitario Florencio, morador tambien de Palestina. „No juzgueis de mí por las virtudes de mi amigo, vereis en Rufino muestras ciertas de santidad, y Gerónimo no es mas que ceniza y polvo.” Respecto á San Epifanio y Paulino de Antioquia, los dos regresaron al Oriente despues de haber pasado el invierno en Roma.

47. Hicieron su camino por la Macedonia y Tesalónica, que necesitaba de tales consoladores, en el dolor en que acababa de sumergir á aquella Iglesia la muerte de su santo Obispo Asculo que sucedió en este año de 383. Fue su sucesor su discípulo Anisio, y el Sumo Pontífice le delegó igualmente su potestad sobre la Iliria Oriental, que aun dependia del Patriarcado de Occidente. Para los que le imitaban y

sobre todo para San Anfiloquio de Iconio, fue la muerte de un tan digno Obispo un motivo de redoblar mas sus cuidados por el bien de la Iglesia.

48. Hallábase Anfiloquio consumido de vejez, mas lejos de que su celo se resintiese de la flaqueza de su edad, creía este venerable viejo que el Emperador Teodosio, no obstante sus buenas intenciones, no reprimia con suficiente eficacia á los hereges enemigos del Hijo de Dios, que aun subsistian. En un Concilio que los convenció sin réplica de que contradecian á los mas antiguos doctores y á toda la serie ó cadena de la tradicion, fueron plenamente confundidos poco antes: siendo este el tercero que se celebró en Constantinopla contra ellos. Ya no se trataba de pronunciar sobre un dogma tantas veces decidido, ni de renovar cuestiones mas propias para aumentar las divisiones que para finalizarlas. Tal era el pensamiento de San Gregorio Nacienceno desde el segundo de los Concilios, al cual asistió. A la verdad se esplica de un modo demasiado fuerte ó muy general: habiendo formado, dice, la resolucion de evitar toda asamblea de Obispos, porque no habia visto ninguna que tuviese un fin recto y que no subiese de punto los males en vez de extinguirlos. De estas espresiones se han querido valer los enemigos de los santos Concilios, en los cuales los ortodoxos no han visto sino el movimiento pasagero de un celo demasiado amargo ó de un desabrimiento con los pesares y miserias humanas. Mas en el fondo nos dan un consejo muy juicioso contra la condescendencia con las arriesgadas importunidades de

los hereges, á quienes la multitud de revisiones, conferencias y Concilios hace por lo comun mas indóciles y mas atrevidos.

49. No deseaba menos San Anfiloquio, de un carácter menos ardiente en la apariencia que el elocuente y celoso Gregorio, que en vez de reunir tantas veces á los Obispos, se procurase una egecucion mas pronta de sus decretos y se contuviesen los conventículos y cábalas de los sectarios. No progresando tanto las cosas como deseaba, pasó á la corte poco despues que Teodosio habia declarado Augusto á su hijo Arcadio, de edad solo de seis años, que corresponde al de 383. Tributo sus profundos respetos al Emperador; mas ningun honor hizo al jóven Augusto sentado al lado de su padre (1). Teodosio creyó que esto era un descuido y distraccion del Obispo y mandó que se lo dijese. Entonces el Santo acercándose con un aire familiar: buenos dias, hijo mio, le dijo, pasándole la mano por debajo de la barba y haciéndole otros halagos semejantes. El Emperador conmovido, mandó retirar á este viejo; y volviéndose Anfiloquio hácia el Soberano y alzando la voz: „Señor, dijo con aire de grandeza y dignidad, si vos no podeis tolerar que se falte al respeto á un hijo de vuestra sangre, ¿pensais que el Padre del Divino Verbo hecho carne, verá con menos indignacion que se nieguen á la persona adorable de su Hijo los mismos honores que á la suya?” Teodosio admiró la sabiduría

(1) *Sozom. lib. 7. hist. cap. 12.*

del Obispo , mandóle acercarse al punto , pidióle perdón , y le concedió mas de lo que queria.

50. Una ley terrible fue publicada inmediatamente y puntualmente egecutada contra los hereges. Prohibia á todos , con especial á los Apolinaristas , Arrianos y Semiarianos ó Macedonianos , el tener asambleas , ni aun en las casas particulares , dando facultad á todo ortodoxo para impedir las : les prohibia tambien reunirse en el campo , lo que no se habia mandado en ninguna ley anterior ; y por fin el ordenar Obispos. Se confiscaron las casas donde se juntaban los novadores , estableciéndose que sus doctores ó ministros serian confinados al lugar de su nacimiento. Se hizo finalmente á los oficiales civiles responsables de estas órdenes. No se comprendia en esta ley á los Novacianos , porque profesaban la misma doctrina que los Católicos sobre la Trinidad.

Teodosio emprendió pasado algun tiempo abolir de todo punto la idolatría : el gran Constantino habia prohibido los sacrificios idolátricos y aun la entrada en los templos ; pero contentándose con cerrarlos , temió empeñarse mucho y no tuvo por conveniente demolerlos. Sostuvieron su obra los Emperadores sus hijos ; pero Juliano no omitió cosa alguna para volver al paganismo todas sus antiguas posesiones. Valente solo hizo la guerra á los ortodoxos , y segun el genio de un celo torcido dejó practicar á todos los demás la religion que quisiesen ; de modo que bajo su reinado se celebraban las ceremonias mas impuras del culto idolátrico y hasta las orgias de Baco. Prohibió el Em-

perador Teodosio á todos adorar los ídolos , y bajo de un riguroso castigo hacer sacrificios á lo menos en el Egipto mirado como el origen de la supersticion y su fuente mas copiosa.

51. Se convirtió en Iglesia en Fenicia el famoso templo de Heliópolis dedicado al sol , y lo mismo se hizo con los templos de Damasco. El primer Obispo de Apamea , que osó proceder á la observancia de las leyes religiosas de Teodosio fue San Marcelo. Habiendo llevado tropas el Prefecto de Oriente para contener á los idólatras , se emprendió desde luego derribar el templo de Júpiter , que era de una grandeza y riqueza asombrosa ; pero era aun mas sólido , pues estaba edificado de piedras enormes , de una dureza extraordinaria , casi inmovibles por su propio peso ; y sobre esto unidas con hierro y plomo , de modo que la demolicion parecia imposible al Prefecto á lo menos en el término señalado. San Marcelo al verle desanimado , le aconsejó que fuese á egecutar las órdenes del Emperador en otras ciudades , y se puso en oracion. Presentóse un hombre al dia siguiente por la mañana , que prometió con tanta seguridad demoler á poca costa este soberbio baluarte de la idolatría , que se le dejó obrar. Edificado el templo sobre una altura , estaba coronado de cuatro galerías que parecian otros tantos baluartes impenetrables , y cuyas columnas ó apoyos tenia cada una diez y seis codos de circunferencia. Socabó el emprendedor estas columnas tan altas como el templo y las apuntaló con gruesas piezas de madera á las cuales queria poner fuego ; pe-

ro se apareció un fantasma horrible que creyó ser un demonio y las impidió quemar. Despues de muchas vanas tentativas , aunque bien seguidas á pesar de su consternacion, mandó avisar al Obispo San Marcelo, el cual corrió á la Iglesia, hizo llevar agua en un vaso, y oró al Señor para que impidiese que las potestades de las tinieblas retuviesen por mas tiempo á los infieles en su ceguedad. Despues hizo la señal de la cruz sobre el agua y mandó á un Diácono que rociase los maderos con ella y les pusiese inmediatamente fuego. El demonio huyó, dice Teodoreto que nos cuenta circunstanciadamente este suceso, y no pudo resistir á la virtud del agua bendita, cuya antigüedad vemos aquí. Ella sirvió, añade, como de aceite para encender el fuego que consumió en un punto las piezas de madera (1). Arrastraron el templo las columnas en su caída con un estrépito que se oyó en toda la ciudad, donde al mismo tiempo resonaban tambien las alabanzas del verdadero Dios.

52. Arruinó asimismo el animoso protector todos los demás templos que habia en el campo y en la ciudad; pero al fin murió víctima del furor de una tropa de idólatras, y la Iglesia venera su memoria. Como sus hijos pedian venganza, el Concilio de la provincia se opuso á ello, no teniendo por oportuno ensangrentarse sino mas bien dar gracias á Dios por un suceso que procuraba un Mártir distinguido á la Iglesia.

53. En tanto que se arruinaba así el imperio del

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 21.*

demonio hasta en los confines del Oriente, Graciano en Occidente no llenaba con menos celo los deberes de un Príncipe Cristiano; pero pronto interrumpieron estas grandes obras de piedad y edificacion los disturbios y horrores de la guerra civil. Máximo, español de origen y de una familia mediana, aunque decia ser pariente de Teodosio, osó tomar la púrpura en las Islas Británicas, cuyo mando obtenia. Quejábanse los soldados Romanos de que Graciano daba toda su confianza á los bárbaros empleados en sus egércitos, y el intrigante Máximo se sirvió de su descontento. Así que le proclamaron Emperador se arrojó sobre las Galias, sublevó á los pueblos contra el Emperador legítimo, sobornó sus mismas tropas, y despues le derrotó fácilmente cerca de París. La derrota y la desercion fue tal, que solo quedaron trescientos hombres al infeliz Graciano, el cual tomó con ellos el camino de los Alpes con el intento de ir á restablecerse en Italia. En su fuga se encomendó á las oraciones de San Ambrosio (1), cuyas virtudes sabia apreciar; y daba las muestras mas eficaces de una fe y de una virtud heroica. „Nuestra suerte, decia inspirando su confianza á los pocos que le habian quedado fieles, está solo en manos del Eterno. Los hombres pueden quitar la vida del cuerpo; pero no podrán perjudicar al alma ni á la salvacion.”

54. La gracia acabó de este modo de purificar las virtudes de este Príncipe en el crisol de las tribulaciones. Alcanzóle en Leon Andragato, uno de los ofi-

(1) *Ambros. de obit. Valentin. tom. 2. pág. 79.*